



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

FRENTE A LOS RETOS ACTUALES, UN PROBLEMA DE FORMACIÓN DE VALORES

por LUIS ALFONSO BLANCO VILA

Cuenta Plutarco en la vida de Filopemen que su biografiado, el tantas veces glorioso general de los aqueos, obligó a los espartanos a abandonar la manera de educar a sus hijos, porque sabía que, si no lo hacía, aquellos muchachos, más tarde jóvenes aguerridos y adultos valerosos, siempre tendrían un alma grande y un corazón elevado. Un alma grande y un corazón elevado. Ahí es nada, el retrato de los lacedemonios, lo que hizo de Esparta un pueblo indomable.

Después de casi cuarenta años entregado a la comunicación y a la enseñanza, ¡qué más quisiera yo que poder decir que mi cosecha educacional han sido frutos de almas grandes y corazones elevados!

Pero el brutal propósito de Filopemen me sirve sólo de pretexto para añadir unas reflexiones a las magníficas disquisiciones del ponente sobre lo que deberá ser nuestra postura, como católicos, frente o ante los retos actuales de la sociedad internacional, es decir, la sociedad, pues es difícil sustraerse ya a esa internacionalidad que nos envuelve de manera clara, hasta hace unos años más recortada en su horizonte relacional.

Yo quisiera dar un salto atrás y buscar los fundamentos, la razón y el modo de educar a nuestros hijos, jóvenes, adultos, esos mismos que tendrán que adoptar una actitud concreta y contar con unos recursos que les permitan situarse, con provecho, frente a la sociedad que nos y, sobre todo, les va a tocar en suerte.

Y, sin el menor ánimo de escandalizar, voy a lanzar una afirmación que se me antoja fruto obligado de las sensaciones vividas a lo largo de tantos años de docencia, y que espero que nos remita a una realidad cada vez más preocupante. Algún Filopemen, sin advertirlo nosotros, sin que nos hayamos dado cuenta, nos ha cambiado la manera de educar a los hijos; nos ha modificado sustancialmente el programa, nos ha cambiado el chip formativo de las generaciones que se asoman hoy al mundo de los adultos. Están llegando a la Uni-

versidad absolutamente crudos, sin formación cultural, sin formación moral, sin valores, como si los hubieran rechazado en su adolescencia, sin prejuicios, absolutamente seguros de la nada intelectual. Imposible, en cuatro o cinco años, devolverles esos valores, casi imposible formarlos, porque habría que partir de menos de cero, es decir, de una dura y larga tarea de desescombros. ¿Tienen conciencia de ellos los padres, que encomiendan la formación superior de sus hijos no sólo a una universidad privada y de garantía docente, sino también a una universidad que confiesa la vigencia, en las aulas, de una ideología confesional católica?

Permítanme que vuelva a utilizar la autoridad que la historia le concede y acuda, esta vez, a Montesquieu en su impresionante suma político/jurídica (que, por cierto, estoy traduciendo escrupulosamente para la biblioteca *Leyes y Letras* del colegio de abogados de Madrid), en el Libro IV, dedicado al tema de la educación precisamente. Dice Montesquieu, en el capítulo IV de ese libro: «En nuestros días, recibimos tres clases de educación distintas o incluso contrarias entre sí: la de nuestros padres, la de nuestros maestros y la del mundo. Lo que se nos dice en la última pone patas arriba todas las ideas de las dos primeras; y eso se debe, en buena parte, a la contradicción que existe en nuestra sociedad entre los compromisos de la religión y los del mundo, cosa que los antiguos no conocieron».

Señores, esto no es teoría brillante, ni queja desmesurada, ni pesimismo finisecular, ni visión negra de la realidad. Esto se escribió a mediados del XVIII, en pleno siglo de las luces y hoy, igual que entonces, sigue siendo totalmente cierto. Digo más, si ya lo era a mediados del XVIII, mucho más lo será ahora, con los espíritus desbordando los supuestos límites de la libertad. Nuestra sociedad se ha quedado sin leyes morales y muchas de las llamadas penales han dejado de serlo; la relativización de las ideologías es tan generalizada que muy pocos valores siguen anclados, todavía, en terreno sagrado y respetado.

Gabriel Marcel, en su magnífica obra teatral *Mi tiempo no es el vuestro*, echa en cara a los jóvenes el valor —perdón por la paradoja— que dan a la vaciedad de los “valores”, es decir —y lo dice— a esos valores *snob* que se traducen en falta de prejuicios morales, en la aceptación de todo lo nuevo por el mero hecho de serlo, en la burla de la honradez y del respeto a los mayores, en la entrega corporal sin

amor, etc. De no aceptar estos valores a negarlos no hay más que un paso, les dice Marcel. Y ese paso, añade, lo han dado las generaciones actuales, el arte actual, cuyos protagonistas, igual que el general norteamericano que, frente a la historia de aquella ciudad borgoñona que las bombas de la guerra habían destruido, tras dejar escapar un suspiro, se consolaba con palabras como éstas: «Bueno, es una lástima, pero ahora podrá construirse una ciudad nueva y limpia». En temas de educación, o se ponen los cimientos desde la profundidad de la vida que empieza o haremos una chapuza que se caerá sola.

Pues bien, ese paso de la negación de los valores ya se ha dado. Hace muchos años que se niegan los valores que han sido fundamentales en la sociedad occidental. Y, tras esta afirmación que difícilmente podrá negarse en sus términos generales, no hay más remedio que establecer un simple silogismo para llegar a una conclusión tremenda: si los valores del cristianismo son fundamento histórico de la sociedad occidental (mayor) y esos valores han desaparecido (menor), o la sociedad occidental se ha derrumbado y carecemos de sociedad o ha sido suplantada por otra estructura que no voy a calificar ahora (conclusión).

Pero volvamos al planteamiento de Montesquieu que es, a mi juicio, lo más importante de esta reflexión. El gran pensador y ensayista francés desmenuza, con su habilidad portentosa, la realidad y la reduce magistralmente a causas: recibimos —dice— tres clases de educación, y las tres distintas o incluso contradictorias: la de nuestros padres, la de nuestros maestros y la del mundo. Las tres formas son reales y yo diría que también indispensables, incluso la última, por inevitable. Pero, como añade a continuación Montesquieu, lo que se nos dice en ésta, en la última, pone patas arriba todas las ideas de las dos primeras. ¿Significa eso que las dos primeras son positivas, buenas, y la última perniciosa, deletérea? Desgraciadamente, si así se podía plantear en tiempos de Montesquieu, ahora ya no podemos salir fiadores de la bondad de la educación impartida a los hijos por padres y maestros. Entre el doctor Spot y la revolución de mayo del 68, los padres de los muchachos que llegan hoy a la universidad flotan en el limbo de la inconsistencia ideológica, en el bosque oscuro de los valores *light* y en la selva insegura de lo adogmático por sistema. Esa blandenguería y falta de raíces es lo que se trans-

mite a los hijos en la educación familiar. Y lo que dice Montesquieu de la contradicción que existe en nuestra sociedad entre los compromisos de la religión y los del mundo se pierde en el vacío porque la religión ha dejado de ser punto de referencia habitual en la formación de los muchachos y el mundo ha introducido sus postulados en el *modus vivendi* de millones de hogares teóricamente cristianos.

Vuelvo a repetir que no se trata de una visión pesimista. La crisis de las ideas del fin de siglo del XIX, con la restauración del pensamiento irracional —si se me permite la expresión— ha ido alimentando, a lo largo de las décadas del siglo XX, una conciencia de ausencia de culpa, de liberación del pecado, una concepción, en definitiva, laica de la existencia. Incluso los creyentes han acabado, en términos generales, esperando la salvación de la bondad de Dios y dejando perder el propio esfuerzo. Ya sé, ya sé que así debe ser, que sólo la generosidad del Señor puede producir en nosotros el milagro de la gracia y, por tanto, de la salvación, pero la fe sin obras es inoperante, y Dios quiere que luchemos a brazo partido con nuestra insuficiencia, como si de esa lucha, y sólo de ella, fuera a depender nuestra salvación. Por el contrario, la laxitud es de tal calibre que muchos padres carecen de autoridad para imponer a sus hijos criterios de vida que ellos no practican y cuya ausencia es evidente para los propios hijos.

Con todas las excepciones —y son afortunadamente muchas— que hay que salvar, es válida, en cambio, la afirmación de que los criterios de formación de los padres apenas tienen fuerza en la educación de los hijos.

Hablo en términos de educación global y completa. Muchos prefieren encomendar a los maestros la misión ineludible de encauzar a los niños por el sendero que todos reconocemos como cauce ideal para una vida honrada y feliz. Y los maestros no responden; si acaso, lo hacen en términos que ni siquiera esos mismos padres aceptarían si los conocieran con detalle. Con el pretexto de formar ciudadanos, cargan a los niños de ideologías políticas; siempre dispuestos a abrir los ojos a los adolescentes, los enseñan a apreciar el bien material y concreto (dinero, placer, éxito) por encima del bien espiritual (bondad, generosidad, espiritualidad). Creo que no exagero si digo que el personal docente de nuestros colegios e institutos —mucho más que en la propia universidad compone el sector más radicaliza-

do, en términos políticos, de nuestra sociedad. En las últimas elecciones locales, la proporción de representantes de partidos nacionalistas de extrema izquierda es de tres enseñantes sobre cuatro concejales.

Llamo la atención a las autoridades de educación sobre este alarmante porcentaje de profesores y maestros, educadores, que, desde esa militancia, se dedican a reclutar el voto, necesariamente idealista, de los muchachos que acceden a la edad del voto, para sus propias formaciones políticas, radicales o no. La enseñanza no puede ser instrumento electoral en ningún caso. Los valores que debemos inculcar a los muchachos son los que pertenecen al hombre no al votante.

Y nada voy a decir de esa otra educación que Montesquieu llama «la del mundo». Es la educación que proporciona el ejemplo de los más importantes, de la competición y el éxito por encima de cualquier otro objetivo, del desprecio de aquellos valores que decía Marcel, de la deshumanización de cualquier sentimiento. Ahí sí que tenemos mucho que hacer los católicos y, por supuesto, los enseñantes. Primero, por supuesto, con el ejemplo, pero también con un claro esfuerzo hecho en pro de la conversión de sus almas. Y conste que no estoy proponiendo ninguna misión ni piadosa ni siquiera evangélica —que buena falta haría—, sino una misión de reintegro de valores éticos y morales, que nunca debieron ser extirpados del alma de los jóvenes.

Ésta es la modesta reflexión que quería aportar a los, sin duda, riquísimos frutos que saldrán de este congreso, por el que felicito a los organizadores, presidentes de mesa y ponentes.